

En el artículo anterior, titulado "La Impronta", insistí en el fenómeno corriente de que con antelación a todo proceso profundo y sangriento que ha de cambiar el "statu" político de un país se anuncia por lo que, posiblemente un francés llamó, con pleno acierto, "Vientos de fronda". Hay algo en el ambiente que preconiza el avance de la rebeldía. Ese alucinante anuncio es importante históricamente hablando porque durante el periodo hemos de buscar, detectar y fijar aquellos hechos cuya gravitación en el complejo de la sociedad va a levantar y caldear los ánimos. El que desee hacer historia sobre un hecho revolucionario no puede en modo alguno soslayar los motivos que hacen ebullición a las sociedades, nacer un estado de alerta hasta terminar por palpase en el ambiente la cercanía de la guerra que llega a constituir el único camino viable.

Quien algún día se resuelva a estructurar el "48" como episodio nacional —abandonando la tesis de defender exactamente y por medio de la minimización de factores los motivos de su razón de ser— tendrá que hacer un escalonado examen de cuanto contribuyó desde varios años antes a preparar y cocinar el resultado final. La teoría de la "generación espontánea" está desacreditada desde el siglo pasado, y no vamos ahora a revivirla porque ello constituye un error fundamental que deteriora el valor de lo escrito.

Siendo Costa Rica un país eminentemente pacífico, amigo del orden y de la estabilidad política —pero capaz de volver por sus fueros si estas cualidades son alteradas por medios equívocos como ocurrió en el año 19— se puede afirmar, sin mucho documento ni mucha cita histórica, que debieron existir motivos muy poderosos para que el costarricense se echara a las calles y de ellas pasara a las montañas, ya con el fusil al hombro. Por muy obcecado que se sea, esta verdad se ve indubitablemente. En el largo y copioso libro "El 48", su autor, en un noble afán de justificar lo que él no vio, guarda silencio sobre los momentos climáticos y dramáticos, de donde resulta que el novato y despistado lector se queda a oscuras sobre los móviles de aquella convulsión. Es necesario que, sin enojo y sin impropiedad, fijemos el curso de los hechos —sin meternos a comentarlos, sino con breves exposiciones— para que el lector saque sus propias consecuencias.

En el libro "El 48", no sabemos si adrede, el autor ha escrito un texto farragoso y eminentemente desordenado. Esta situación permite pasar sobre hechos importantes y adversos a su tesis, sin que el lector se dé cuenta de su importancia capital. Es una forma hábil de oscurecer los motivos que engendraron el drama. Creemos justo limpiar de contexto la narración variada, miscelánea, embrollosa y poner en orden cronológico el desarrollo de la efervescencia, hasta el punto en que comenzaron a oírse los tiros, ya no en la ciudad, sino en las montañas.

Y para ello, nos trasladaremos a la fecha inicial, 1940, que parte el siglo en sus dos épocas: la Institucional y la Socialista.

LOS PERSONAJES

Figura cimera lo fue don León Cortés, maestro, director de escuela, visitador de escuelas, abogado, diputado, presidente de la Asamblea, Ministro de Fomento, candidato a la Presidencia, Presidente y ex Presidente. Alto, varejudo, seco, enérgico, exigente y poseedor del don de decir "no".

Su gran carisma, lo hizo aglutinar junto a él a la más grande masa humana que se haya producido en el país, por la rigidez de su honorabilidad; por el respeto a su austeridad; por la conducción del mando con escueta sencillez provinciana, pero con celoso apego al respeto por su investidura, lo condujo a la Alta Magistratura venciendo a don Octavio Beeche, eminente jurisperito, hombre hecho en Europa, cargado de años y de ciencia, pero poco conocido por haber estado ausente. Así llegó al poder don León Cortés, en el año 1936, —con una holgada victoria.

Los orígenes del viento de fronda



José Marín Cañas

Pero no llegó con el voto del que esto escribe. En aquella ocasión, y perdónese el dato que a nadie le importa, voté por Beeche por amistad con su hijo, don Héctor, ya fallecido.

De todas sus actividades, la que representó con más dignidad y acierto, fue la de ex Presidente, y ello le valió el hermoso monumento que adorna nuestra avenida del Paseo Colón. Costeada por el pueblo, que lo amó unánimemente lo representa en todas sus condiciones y actitudes: su estatura, su sencillez y su energía. Tres virtudes que lo hicieron honrado, carismático y hombre del destino. Escribo todo esto, sin haber sido nunca su partidario.

De innegable don de gentes, el doctor Rafael Angel Calderón Guardia era un médico al que conocí cuando ambos —él en los grados superiores y yo en los inferiores— estábamos en el colegio Seminario. De excelente corazón caritativo, desde muy joven, al ejercer la profesión, se fue ganando el amor de sus pacientes por la generosidad de su labor y la ayuda que daba para remediar el alto costo de los medicamentos. Entró en la política con el bagaje ganado a pulso durante su actuación de médico activo. Trató de ganarse la confianza de Cortés, y lo consiguió al través de doña Julia, la virtuosa y gran señora esposa del mandatario. El señor Acuña refiere en "El 48" un episodio que demuestra esta aseveración.

Don Rafael Angel votaba en el Congreso contra una moción que Cortés no aprobaba, solamente para complacerlo, a pesar de que su criterio era contrario al del Presidente. (Este episodio debe ser quitado del libro en una segunda edición, porque por el razonamiento del voto no le hace favor a Calderón). Acuña afirma que logró el poder con una votación máxima del 87 por ciento pero se le olvida advertir que fue candidato único, pues el contrincante era un maestro de Guanacaste, don Virgilio Salazar Leiva, persona muy respetable pe-

ro totalmente desconocida fuera del círculo de sus amistades.

Su presidencia tuvo varios errores: la reforma electoral del 15 de mayo; la alianza con el comunismo (que hizo grandes innovaciones de sentido social, aunque hechas torpemente como en el Código de Trabajo); creó la hora socialista que se ha mantenido incólume y abrió de nuevo —por insistencia de don Luis Demetrio Tinoco hijo—, la Universidad. Toda esa obra gigantesca la borró con el codo en un momento de ofuscación con el "atraco del siglo" al cambiar las votaciones de Cortés y Picado para imponer a este último. Desde ahí en adelante, el país entró en efervescencia.

Don Teodoro Picado fue un brillante hombre de letras, profesor magnífico del liceo, culto, honorable, respetado por la sociedad como un gran valor, pero sin carisma político y hasta desconocido totalmente en el campo de la lucha electoral. Su único pecado fue aceptar, en un momento aciago, una presidencia que no había ganado. El país lo llamó "El Presidente de Limón", por ser la única provincia en la que sí había tenido mayoría. Al finalizar su periodo enfrentó una convulsión pública ante el intento de volver a repetir la "faena" de cuatro años antes, culminando el desasosiego y la furia del pueblo con una guerra civil que en cuarenta días lo puso fuera del poder. A pesar de los hechos, Teodoro Picado tiene en los que fuimos sus discípulos y amigos, (el autor tiene un motivo poderoso para ello) un gran respeto por la adversidad que lo azotó.

Don Otilio Ulate es la figura cimera del periodo. Político independiente desde muy joven, cuando por su propio impulso alcanzó la diputación, periodista polémico, quizás el mejor después de don Ricardo, libró una batalla electoral en la que murieron asesinados 32 uulatistas, víctimas de las "brigadas de choque" y de la soldadesca gubernamental. Hubo muertos hasta en la iglesia. Se produjo una excomunión. Salió con vida de un intento directo para ser asesinado por Tavío y salió de la cárcel a media noche para ver morir a su compañero de lucha, el eminente médico cirujano y hombre público, doctor Carlos Luis Valverde. Se desprendió de la presidencia ganada limpiamente, (la mayoría la tuvo desde la huelga de brazos caídos que fue unánime, sobre todo en los bancos) y la dio para evitar el derramamiento de sangre. Aguantó a pie firme el 19 de marzo, la anulación de su triunfo y el ataque con ametralladoras para asesinarlo. Siempre se mostró tranquilo, generoso y patriota. El país lo marginó y murió amargado rugiendo contra los actos que para él eran reprochables. Su periodo bajó la deuda en cien millones y Costa Rica tuvo una estabilidad económica pocas veces vista. Fue un mandatario excelente.

Doce días después del ataque a la casa del doctor Valverde y su asesinato —no por una bala, sino por una ráfaga de ametralladora; no dentro de la casa entre todos, sino en su propio jardín mientras enarbolaba bandera blanca de rendición— se alzó Figueres en el sur. Su gesto y su gesta fueron amargos y breves. En cuarenta días de lucha —con armamento traído de Guatemala, con la participación de la muchachada (los medallitas) de entonces, ganó la partida y se sentó en el poder. Se ha criticado esto. Claro que don Pepe lo hizo haciendo a un lado a Ulate, pero, fuere por lo que fuere, la medida estuvo acertada; después de una campaña no parecía aconsejable entregar el poder a un civil. Era estrictamente necesario que un hombre fuerte lo guardara para sí hasta que el país absorbiera el trauma. Dos veces posteriormente ha sido llevado a la Presidencia y si sus mandatos son polémicos —porque Figueres es temperamental y por ello polémico también— ha hecho grandes avances, ha peleado con todo el mundo, pero nunca ha sacado un jeep a la calle ni ha amenazado a la ciudadanía.

Y esto lo escribe quien fue su partidario durante la guerra, pero no durante la paz. Nunca votó el autor por él por considerar erradas sus ideas económicas. En lo personal goza de su amistad y siente por él el respeto a su decisión y valor.